



Sor Hilaria

SE LLAMABA Sor Hilaria. Si hay ó no una santa Hilaria en el cielo, no lo sé, pero es cierto que Hilaria significa “alegre” y es casi lo mismo que aquel otro nombre: Laeta.

Claro está que no siempre había sido Sor Hilaria, es decir religiosa, pero desde que había llegado a la edad de la razón, ya lo tenía en la sangre de ser Hilaria, alegre, y por consiguiente de hacerse religiosa. Si alguien no lo cree, que lo pregunte al padre misionero que la dirigió al convento. Ella era la señorita más celosa y activa para las misiones en Filipinas: muchas suscripciones procuró a El Misionero y durante la semana de abnegación no cesaba de hacer recordar a sus cruzadas de las obligaciones que tenían de rehusarse algo por amor de Dios para ayudar a la conversión de los paganos en la Monta-

ñosa y.... ¡ay de aquellas que olvidaban sus deberes de cruzadas! Entre risas y sonrisas las advirtió que olvidar obras de caridad es olvidarse a si mismo y la eternidad.

Pues, llegó el día en que visitó al Padre, su director, para despedirse y estaba ya a punto de retirarse cuando el sacerdote inopinadamente le preguntó cuál sería la virtud preferida que iba practicar en la vida religiosa.

Naturalmente la pregunta le sorprendió; al principio no supo que contestar, enrojeció: de veras nunca había pensado en las virtudes que iba a practicar y menos en la virtud capital que abrazaría. Sí, aquel era para ella un momento terrible. ¿Qué pensaría de ella su director? Aquí pues había una candidata para la vida religiosa y ni sabía que virtud especial debía practicar ¡Dios mío! Que vergüenza!

—“¿Acaso no la escogió aún?” el Padre preguntó de nuevo como para calmarla. ¿Era una cuestión seria, ó era una broma?

El respeto humano hace a uno muchas veces muy inventivo y sugiere contestaciones de poco razonamiento. Y hé aquí que la señorita en este momento de ansiedad en tono de la más profunda convicción contestó:

—“Creo, Padre, que ya lo sé. Desde el principio me aplicaré principalmente a la seriedad; Vd. sabe que en casa siempre estoy riendo y cuando esté en el convento, y vea tantas cosas cómicas de las hermanas, creo que no podré contenerme más de reír; por eso.... Mamá me ha advertido ya: Hija, así me dijo, por amor de Dios, no hagas reír a las madres por tus bromas, si no, desde las primeras semanas te mandarán volver a casa.”

Mientras la señorita contaba esta historia, el padre se había puesto muy serio, había rascado sus canas, movido su silla y ahora levantando su dedo índice contestó diciendo:.

—“¿Como? Diga a su Mamá que venga aquí para hablar. ¿Qué? No reise más? Ponerse seria? ¿Acaso el jansenismo debe reinar en los conventos de las hermanas? Oiga, Señorita: V. ni tres días quedará en el convento si no puede reír más y reirse mucho. ¡Dios mío, no se ponga seria! Debe V. reirse tanto hasta que la muy reverenda madre superiora y todas

sus reverendas madres asistentes también se rian y hasta que aun las más ancianas del convento cesen de coser para quitarse las lagrimas que broten de sus ojos por tanto reír. No se preocupe de nada si en el entretanto que están riendose las monjas se piquen los dedos, porque toda aquella seriedad pica las cabezas y los corazones.”

El padre había hablado con tanto animo que se levantó de su silla con mucha seriedad. Sentándose de nuevo y sonriendo significativamente añadió:

—“¿Sabe Vd. cuál es la virtud que más debe practicar en toda su vida de religiosa? Sabe Vd. cuál es la virtud que debe practicar aun cuando esté agonizando? No hay más que una: la santa alegría, la hilaridad. Sabe Vd. lo que debe hacer? Desde el primer día que estará en el convento, cuando vengan a medirla para hacer su toca, pongase en la boca dos dulces grandes para que sus mejillas se extiendan y que más tarde tenga espacio en su toca y pueda reír en ella. Cuantas veces he visto a hermanas que antes eran muy alegres y que ya reían más por no tener lugar en su toca creo, y así es que habían olvidado como reirse. Ningún fundador de ordenes religiosas para hombres ha impuesto a sus hijos algo que les encierre la boca por miedo de que sus súbditos olvidasen la manera de reirse y la virtud de la santa hilaridad. ¿Comprende Vd.? Si

algún día su mamá me dice: Padre, mi hija esta muy bien en el convento y ya es seria entonces le contestaré diciendo: Señora prepare ya el cuarto para su hija, dentro de poco volverá a casa.”

Nunca en su vida la futura religiosa había visto al misionero tan serio, nunca le había oído hablar con tanta convicción, nunca había visto su cara tan colorada si no quizás cuando desde el púlpito explicaba a los parroquianos su santo deber de ayudar las misiones, escuchando en eso las palabras del Sumo Pontífice y la santa voluntad de Dios.

Y cuando el misionero vió que sus consejos cayeron en un campo fértil añadió algunas palabras más:

—“¿Quiere Vd. algún remedio muy fácil para recordar la virtud principal de su vida religiosa? Entonces, escoja Vd. un nombre en religión que sugiere continuamente la santa hilaridad, por ejemplo, escoja el nombre de “Hilaria” que significa “alegre.” Vd. sabe lo que ha dicho San Pablo: *non ex tristitia aut ex necessitate; hilarem enim datorem diligit Deus*” es decir: no haga nada por tristeza ó por fuerza: Dios quiere al que da con alegría. Y si le llaman Hilaria, su nombre siempre recordará a Vd. aquel ‘*hilarem datorem*’ ó aquel que da con alegría. Comprendido?”

—❧—

El último aviso del Padre fructificó: la señorita, antes tan celosa

misionera, había entrado en religión, pedido el nombre de Hilaria y efectivamente lo había obtenido: se llamaba ahora Sor Hilaria.

En el principio de su vida nueva estaba felicísima; es que para algunas personas en religión el verdadero noviciado principia después del noviciado.

Pero cuando Sor Hilaria debía poner en práctica las lecciones espirituales del año de probación, cuando estaba sujeta a mil preocupaciones cuidando a los enfermos, vigilándoles por las noches, sirviendo a algunos pacientes morosos y sin paciencia y algunas veces a algunas hermanas de carácter algo difícil, entonces, si hubo algún cambio en la vida de Sor Hilaria. No quiero decir que no cumplía con sus deberes; siempre como desde el principio era fiel al reglamento de la comunidad, pero de cierta manera se había metido en su alma algo del “*ex necessitate*” y del “*ex tristitia*”, es decir trabajaba porque debía trabajar y con la triste expresión en su cara como de una persona que carece de ánimo para ofrecer sus penas a Dios. Los primeros rayos de alegría habían desaparecido; trabajaba con el sentimiento pesado del deber severo y con la cara tirada por la tristeza. Sor Hilaria era pensativa y pensaba con mal humor. De vez en cuando se atrevió a criticar un poco y el trabajo algunas veces parecía muy pesado: cada día traía sus dificultades y siempre sus naderías. Pero, algún

dia, llegó una hermana nueva: era muy joven aun, pequeña novicia con cara sonriente: se llamaba Sor Laeta.

Y sucedió que durante el primer recreo Sor Laeta se sentó al lado de Sor Hilaria. Y Sor Laeta hablaba de su pueblo: venía de N... Había sido promotora de los Cruzados de Santa Teresita y hablaba del misionero director de "El Misionero." También dijo que un Padre le había aconsejado tomar por nombre en religión Sor Laeta, porque decía que Laeta significa "alegre" y que para cuidar a los enfermos y enseñar a niñas uno siempre debe estar alegre, y que ella debía escoger la virtud de la santa alegría como su virtud principal en religión, si es que quería practicar la caridad y sembrar la felicidad entre los afligidos....

Durante esta interesante conversación, Sor Laeta observaba que Sor Hilaria casi devoraba sus palabras y creía haber visto que Sor Hilaria enrojecía un tanto, pero hacía tanto calor en la sala de recreación menos bien ventilada que la del noviciado....

La mañana siguiente, Sor Laeta fué a la capilla para hacer su meditación, precisamente en el momento que Sor Hilaria cerraba la puerta de la capilla saliendo para ir a sus trabajos con los enfermos.

Sor Laeta todavía no tenía su libro de meditación y por eso suzurrando pidió a Sor Hilaria permiso de usar el suyo.

—"Natural, Sor Laeta y medite bien, hija mía" contestó Sor Hilaria pero de la manera la más singular, imitando perfectamente la voz y la mímica de la venerable Sor Maestra de las novicias, una hermana con muchas particularidades pero muy venerada por todas las hermanas....

Y cuando Sor Laeta estaba de rodillas en la capilla para meditar en la santa presencia de Dios, tuvo una pequeña distracción en su oración: "Que madre más alegre y cariñosa aquella Sor Hilaria. Ayer cuando la encontré por primera vez me parecía algo severa, como un cazadiablo, con cara de Viernes santo; pero me habré equivocado por la oscuridad...."

Habiendo rechazada el demonio de las distracciones, Sor Laeta abrió el libro de meditación de Sor Hilaria y recitó la oración de preparación en la primera pagina. Pero, hé aquí que en esta misma primera pagina encontró un rasgo de papel que llevaba unas cuantas palabras escritas a la mano: la tinta era fresca aun.... a ver, ¿que decían....?

No juzgarás.

No perderás el tiempo.

No mirarás de soslayo.

Trabajarás.

Trabajarás a duras.

Trabajarás hasta la muerte.

Pondrás **cara alegre** durante el trabajo:

Para El, que vé todo,

Para El, que sabe todo,

Para El, que juzga todo,

Porque si Hilaria en religión te llamas ante el hombre,

Tus obras para Dios conviene sean dignas de este nombre.

—ॐॐॐ—

Ocho meses después El Misionero, director de Sor Hilaria antes de su entrada en religión, estaba de vacación en su país y celebraba el jubileo de plata de su ordenación. En esta ocasión Sor Laeta pidió permiso de escribirle una carta para felicitarle: entre otras cosas escribió lo siguiente:

“Que fácil es para mí ejecutar su último consejo de estar siempre de buen humor. Aquí hay una hermana—se llama Hilaria—que siempre esta alegre y hace la mayor parte del trabajo en casa. Hace un mes, mientras estaba haciendo los santos ejercicios, la Madre Superiora nos dijo: ‘Hijas mías, pero que tranquila es la casa; ya se ve que Sor Hilaria no esta aquí.’

V. R. comprenderá que con el

ejemplo de una compañera como Sor Hilaria para mí es muy fácil estar alegre y sentirme alegre. De veras, la alegría es el remedio contra cualquier mal que pueda sorprender a uno en el convento y V. R. comprenderá cuanto le debo por haberme dado tan buen consejo en la víspera de mi entrada en religión cuando V. R. me aconsejó de siempre mostrarme alegre. Algunas veces me pregunto cómo Sor Hilaria ha conseguido en hacer de la alegría su virtud principal.”

No sé lo que contestó el misionero a dicha carta.

Pero lo que sé es que varias superiores de conventos de la Orden de Sor Hilaria han expresado su deseo a la Superiora Provinciala las mandáran Hermanas como Sor Hilaria “quien es como la luz del sol para los enfermos y para las de casa.”

—ॐॐॐ—

